

## EN FAMILIA POR LOS MARES DEL MUNDO



A Santi González Zunzunegui no hay más que mirarle a la cara para intuir su bondad, su fortaleza y su determinación. El 14 de agosto de 1983 se levantó de la cama y le dijo a su mujer que era el día de marcharse, tras varios años de preparación y renunciadas. Con Mariyi y sus hijos Urko y Zigor, de 8 y 9 años, zarparon de Fuenterrabía sin fecha de regreso. Lo único que sabían era que querían navegar, ver el mundo, formar a los chavales en la amplitud de miras, en una vida sin fronteras ni limitaciones establecidas de antemano. Mil dólares en la caja, el barco, sus manos y un programa de estudios para sus hijos constituían todo su patrimonio.

Durante 17 años navegaron por la vida y el Planeta: desde Brasil a Panamá. De las Marquesas a Samoa y las Fiji. Trabajaron y vivieron en Guatemala, Nueva Guinea, Singapur y Malasia. Para regresar despacito impulsados por los genuinos y privilegiados vientos de la experiencia y el saber a través del mar Rojo, hasta ganar, 6.242 días después de su partida, el puerto de Hondarribia de nuevo, donde todo había comenzado. Diecisiete años son muchos años, demasiados para los que permanecen quietos.

-Aupa Santi, ya estáis de vuelta -le dijo un amigo, recordándome la espléndida canción de Serrat, en la que dos emigrantes vascos se encuentran en un frontón tras 30 años de separación, y lo único que se dicen es si apostarán a azules o a coloraos. En el silencio de los navegantes vascos hay demasiadas cosas que contar como para estropearlo con palabras. En el libro que escribieron a su regreso, *Aventura a Toda Vela*, -Debate, 2001-, Mayi y Santi me lo dedicaron con estas palabras: "De viajero a viajero, Pipe, creo que compartimos muchas cosas y poco tenemos que decirnos". Los vascos del frontón de nuevo.

Santi construyó el barco con sus propias manos con las maderas que la mar devolvía a las ensenadas del cabo de Higer. Utilizó embalajes y desechos de hierro para ir armando su casa transporte. Con dos pinos tan recios y fuertes como ellos fabricaron los palos. Y con lonas viejas cosieron las velas; todo un ejemplo de ilusión e imaginación, pero sobre todo de ganas de zarpar hacia un mundo diferente, pues los cielos del propio siempre son limitados para los viajeros. Cuando llegó la hora de ponerle nombre al barco, decidieron que fuera JO TA KE: una expresión que en euskera se puede traducir como DALE QUE TE PEGO: un canto a la constancia y a la determinación de una pareja extraordinaria que, cómo no, se merecen un puesto en los anales de nuestras navegaciones extraordinarias en pequeños barcos de recreo.

Con una disciplina militar sus hijos aprendieron a bordo ciencias y humanidades, pues la vida en un barquito necesita de un ritmo muy preciso: limpiar, vigilar el rumbo, repasar el material, pescar, estudiar y sobre todo soñar con islas desiertas y aguas turquesas, con lugares vírgenes fuera del estúpido devenir del mundo.

Nadie en nuestro país ha navegado tanto tiempo en una cáscara de nuez. Durante su prolongado periplo sufrieron ataques de piratas, de enjambres de abejas asesinas, de pirañas, ballenas y tiburones. Por 100.000 de las antiguas pesetas se compraron una isla en Guatemala, en el Pacífico, donde levantaron una casa de dos pisos con sus propias manos. Allí, Santi armó pesqueros por encargo y construyó un nuevo barco con forma de catamarán para proseguir sus travesías. Le pusieron el mismo nombre, pues la gente de mar sabemos que no es prudente cambiar la identidad de los barcos.

Cuando concluyeron su aventura, Mayi me dijo en un programa de radio: "Ha sido muy sacrificado para mí. He sido un ama de casa en el mar durante demasiado tiempo. Necesitaba más libertad". Y Urko y Zigor: "Pasar la adolescencia en esas condiciones es duro, pero también apasionante. De todas formas, con una vez hemos tenido suficiente". Pero seguro que a medida que vayan creciendo como personas y tomando distancia con la extraordinaria vida que llevaron, sus recuerdos se transformarán en auténticos privilegios.

A su regreso, se detuvieron en Guetaria para rendir homenaje al primer ser humano que dio la vuelta al mundo, Juan Sebastián de Elcano; guipuzcoano como ellos, forjado en las mismas materias que dieron forma a Oteiza y Chillida. Bajo la estatua del navegante universal dijeron que, tras haberle emulado, comprendían mejor su increíble hazaña. Qué más da que las gestas de ambos estén separadas por más de cuatrocientos años. Lo bueno y lo malo de la mar debió ser igual para todos.